



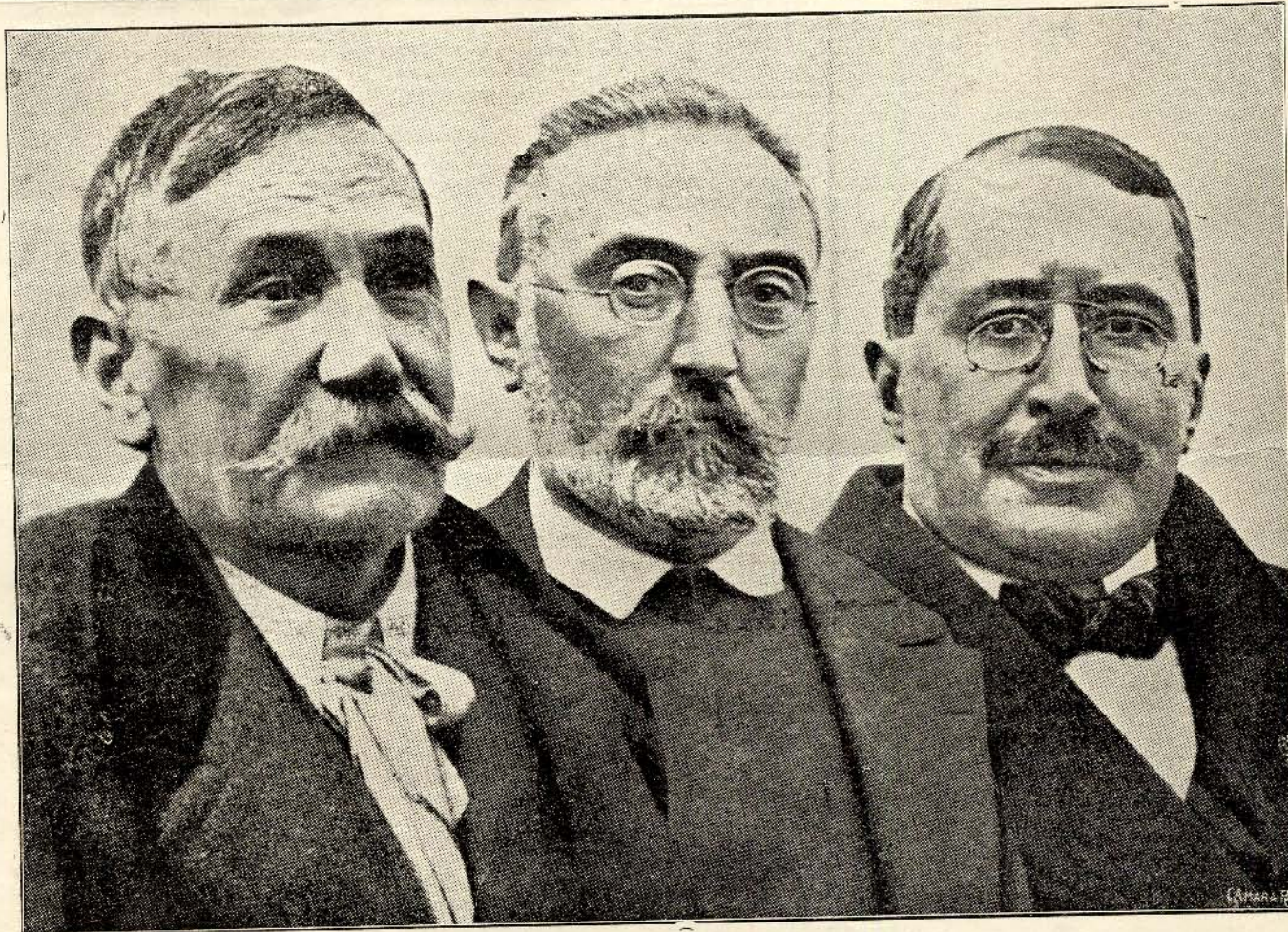
MI RAZA

Durante siglos vivió en silencio histórico, en las profundidades de la subhistoria, hablando en lengua milenaria. Vivió en sus montañas de roble, hayas, olmos, y nogales, tapizadas de helechos, argoma y brezo, oyendo bramar al océano que contra ellas rompe, y viendo sonreír al sol tras de la lluvia lenta y terca, entre los jirones de las nubes. Las montañas verdes y el encrespado mar Kantábrico, son los que nos han hecho.

Entramos tarde en la cultura, y encontramos en ella con todo el vigor de la juventud y con toda la cautela de una juventud tan lentamente laborada, con timidez, bajo

en Dios en que cuando se nos rompan por completo los labios y habamos oír nuestra voz en la literatura española, será nuestro pensamiento activo, corto en retórica, pero en enjundia largo.

The English are a dumb people. They cando great acts, but not describe them. Esto decía Carlyle de su raza; y esto puedo decir yo de la mía: el pueblo basco en un país mudo: puede llevar a cabo grandes hechos, pero no narrarlos. Y así, como Carlyle, añadía en su poema épico, el de los ingleses, está escrito en la superficie de la tierra, así añado yo que más modesta y difusamente, más



Don Miguel de Unamuno, autor de este artículo, acompañado de las dos columnas más preclaras de la moderna intelectualidad española: Don Mariano de Cavia, que acaba de morir y Don Benito Pérez Galdos que también hace meses, como saben nuestros lectores, falleció en la Corte de España.

la audacia misma. Porque el basco, por arriesgado que sea, es en el fondo tímido ante los hombres. El más valeroso marino basco, que haya afrontado el peligro supremo con serena calma, el más fuerte luchador contra los elementos que salga de mi raza, la de Elkaná, el primero que dió la vuelta al mundo, encuéntrase en sociedad cohibido. Juan Arzadun, un basco típico, un bermeano que conoce a aquellos hijos del mar, nos habla en uno de sus admirables relatos del aldeano, basco, lleno de insuperable timidez y sonriendo siempre, fuerte y bonachón, como un Hércules adolescente.

Reconcentrado y tímido, no pocas veces taciturno, siempre serio, "corto en palabras, pero en obras largo", como dijo Tirso de Molina.

Hasta nuestras palabras suelen ser acción, y confío,

en silencio, el poema del trabajo paciente; ahí, en América, más que en otra parte alguna.

Es, ante todo, mi raza, una raza ágil más que maciza, de activa y silenciosa inteligencia. El caute como un basque, salta como un basco, se dice proverbialmente en Francia. Basta fijarse en nuestros juegos típicos, en la pelota.

He dicho que la inteligencia misma de mi raza es activa, práctica, enérgica, con la energía del taciturno. No ha dado, hasta hoy, al menos, grandes pensadores, pero sí grandes obradores, y obrar es mundo, el más completo, de pensar. Apenas un escritor o un poeta de vuelos, como no sea poeta en actos. Débese en gran parte a la dificultad de la lengua, pero débese más aún a la poca potencia imaginativa. Tiene el basco sentimiento, y senti-

miento hondo, pero de ese sentimiento difuso que no se deja encerrar en imágenes definitivas, savia que resiste la presión de la célula, sentimiento, por decirlo así, protoplasmático. Estalla en la música, que es lo menos ligado a empobrecedoras concreciones. Coged las letras de Iparraquirre, hacedlas traducir y os resultará lo más vulgar y pedestre. Y, sin embargo, oíd cantar "extiende y propaga su fruto por el mundo, mientras te adoramos, árbol santo", y como en un mar se balanceará en sus notas robustas vuestro corazón, acomodando a ellas sus latidos. Y es que letra y música se concibieron en uno como formas de la misma realidad.

Puede decirse que eso que aquí se llama ingenio, ha sido concedido con avara parquedad a mi raza. No somos ingeniosos.

Un carácter rudo y pacientemente impetuoso, no pocas veces autoritario. De las rudezas dan buenas muestras las atrocidades que de los turbulentos banderizos de fines de nuestra Edad Media, nos cuenta el viejo Lope García de Salazar, en el Libro de las buenas andanzas e fortunas, aquellas sombrías luchas de los de Butrón contra los de Zamudio, los de Zamudio contra los de Zariaga y Martiartu, narradas con fúnebre monotonía por el viejo cronista mientras estaba preso por sus hijos en la su torre de Saint Martin de Muñatones!

Y autoritarios, sí, autoritarios, a la vez que espíritu independiente. Para mandar salvar a regir a frailes, para colonizadores o priores, ni hechos de encargo, pintiparados, allí donde hace falta una energía un poco ruda y procedimientos rectilíneos, pero torpes para gobernar ya hechos, donde haya que concentrar voluntades y templar gaitas, donde se requiera flexibilidad ante todo.

Y por su parte, cuando le toca ser subordinado, el basko obedece, pero no cumple—según la frase consagrada—no dice que no, pero hace la suya.

Porque a tercós sí que no nos gana nadie. "Biskaino-burro", suele decirse, aludiendo a nuestra testarudez, que tal vez llegue a ser muchas veces en nosotros un vicio, pero que es, sin duda, de ordinario, nuestra virtud capital. Testarudos, sí, testarudos, es decir, tenaces. Si no entra de otro modo el clavo, lo meteremos a cabezadas. Pero, nos hemos de salir con la nuestra. Toda la afabilidad que se quiera, pero a hacer la suya, el basko.

Una vez que hemos acariciado en silencio algún propósito, ni oímos ni atendemos mucho.

Yo mismo me he propuesto, ante todo, conseguir respeto a la individualidad, aquí tan raro, que no se empeñen en cogerme y cartarme los artejos y examíname las antenas, y ponerme la etiqueta y clavarme un alfiler por el coselete para colocarme en una casilla de su caja entomológica, ni aguantar mote ni ista alguno, sino que reconozcan que yo, como todo otro hombre, constituyo especie espiritual única, y no quiero someterme a sus clasificaciones dicotómicas. Y por terquedad no ha de quedar. Dejo decir y sigo mi vereda.

"Los bizkainos—suele decirme un amigo—no atienden ustedes a más razones que a las suyas propias; si se arruinan serán solos, sin empacharse de consejos ajenos, pero sin culpar tampoco al prójimo por ello."

Por tercós, más que por otra cosa, hemos sostenido dos guerras en lo que va del siglo, porque nos parecía que marcha demasiado de prisa el progreso político, sin acomodarse al social, para poderle a paso de buey, pero seguro.

Si hay algún hombre representativo de mi raza, como diría Emerson, es Iñigo de Loyola, el hidalgo gipuzkoano, que fundó la Compañía de Jesús, el Caballero andante de Cristo, el hijo de la tenacidad paciente.

La Compañía, me decía no ha mucho un famoso exjuita, no es castellana, como se ha dicho, ni española siquiera, es baskongada. Y baskongada es, hasta en sus defectos. Es baskongada en su terquedad pacienzuda, en su espíritu, a la vez autoritario e independiente, en su horror a la ociosidad, en su pobreza de imaginación, en la fuerza para acomodarse a los más distintos ambientes, sin perder su individualidad propia. Y eso se lleva como de la mano, a decir algo de lo que se ha llamado nuestro faustismo.

Fué el pueblo basko de los últimos en aceptar el cristianismo, pero abrazó con tal ahínco, como retardado. Y hoy

es un pueblo fanático, si se quiere, pero no supersticioso.

No es para nosotros la religión una especie de arte en que busquemos satisfacción a anhelos estéticos; es algo muy hondo y muy serio. No es extraño encontrar en nuestras montañas quienes vivan preocupados con el gran negocio de nuestra salvación, en un estado de espíritu genuinamente puritano, casi cuáquero.

Nuestro sentimiento religioso es hondamente individualista, no se satisface con pompas litúrgicas en que resuenan ecos paganos. Es por dentro un espíritu protestante, el de una alma que se relaciona a solas y virilmente con su Dios, un Dios austero y viril. El calvinista hugonote empezó a arraigar en el país basko-francés; el primer libro impreso en baskuenze fue la traducción del Nuevo Testamento hecha en 1571 por Juan Lizárraga, un hugonote basko-francés, bajo los auspicios de Juana de Albret.

Más, aparte de esto, en el fondo de la más rígida e incontestable ortodoxia, se descubre pronto en el espíritu religioso de mi raza, un soplo antilatino. La misma Compañía de Jesús, que fundó nuestro paisano Loyola, para atajar la marcha del protestantismo ¿no nació acaso, como todo movimiento, que pretende oponerse a otro, en el seno mismo de ésta, en relación de la unidad profunda, bajo su oposición superficial? Si luego, se ha torcido, es otra cosa; es que el espíritu ignaciano ha muerto en la compañía, que desfiguraba a su creador. Los ejercicios espirituales de San Ignacio ¿no son acaso uno de los libros más gustados entre protestantes?

Se habla de nuestro espíritu reaccionario, cuando debía llamarse retardatario. Queremos que se progrese, pero al paso de la naturaleza, con calma, acomodando lo político a lo social, no dando almendras al que no tiene muelas, ni sopas al niño de cinco días, como aquí se hace. En el fondo del Carlismo hay un soplo socialista, vislumbra que se ha ahogado la libertad social bajo la política. Pablo Iglesias me decía una vez que a nadie era más difícil de ganar al socialismo que al baskongado, pero que una vez dentro de él, era de los convencidos y de los sólidos, sin impacencias y precipitaciones, pero sin desmayos.

Sobre aquella base de austera y seria religiosidad, de activo recogimiento, se levanta la familia baska, bajo la autoridad del padre, el eckeke jauna, del amo de la casa.

Y junto a él su mujer, que con él lava en la heredad, una mujer robusta, hecha a luchar. De soltera, con las tendidas trenzas sobre la espalda, lleva sobre su cabeza el cántaro o la herrada con anclada soltura, ágil y fuerte, con la gracia reposada del vigor, "asentándose en el suelo como un roble, aunque ágil además como una cabra; con la elegancia del Fresno, la solidez de la encina y la plenitud del castaño.... amasada con leche de robusta vaca y luego de maíz soleado", como de ella he dicho en mi Paz en la Guerra. Y es ésta luego una mujer en quien la maternidad ahoga a la sexualidad.

Me han confirmado sacerdotes baskos, que por el confesonario lo saben, que los rarísimos casos de adulterio que en nuestras montañas ocurren, se deben en gran parte al ansia de la mujer por tener un hijo, cuando el marido no se los dá. Los desea y los necesita; los hijos son su gloria y su sostén. Ya lo dijo Tirso de Molina.

Si su esperanza tosca no cultiva
Aranzadas a Baco, hazas a Ceres
Es porque Venus huya, que lasciva
Hipoteca en sus frutos sus placeres.

Aquí, sin duda, observó bien dos hechos el buen mercenario, pero no acertó a relacionarlos. Más, sin duda alguna, la tosca esperanza del suelo baskongado, y el huracán encrespamiento del mar que lo bate, son los que han moldeado el alma del pueblo que lo habita.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca.

Del número siguiente.

Erratas.—La imprenta es una señora poco escrupulosa, una Maritornes con muchos perendangues y ningún fósforo.

Pero los correctores son peores que las imprentas.

Tiene razón Gonzalo de Murga en tenerle pánico al linotipo; en nuestro número anterior hay varias erratas mayúsculas. A Don Gonzalo se le dijo «corazón de sándalo», en la misma página, «ruinas del Perú» por «minas del Perú» y «Escuilla» por «Ercilla.»

El cajista creyó que no ha de haber ningún «Huertasin Meyer.» Y a Don Enrique Huerta, plantó le entre nombre y apellido un Meyer con la naturalidad del animal que abandona entre la flor la boñiga.

A «Roncesvalles» comieronle una / y no contentos con todo esto pusieron «Unamuno» con «H.» se borró cinco veces, pero la «H.» salió impresa. Esto es, que han ganado en terquedad al propio Dn. Miguel de Unamuno.